Poesía y exilio de Alberti

Introducción

Larga tarea sería enumerar aquí —a manera de ejemplario— los nombres de poetas, filósofos e intelectuales que por jugar un papel político o escribir obras «comprometidas», sufrieron las adversas consecuencias de la cárcel, del confinamiento, del destierro —obligado o voluntario— y de la muerte. Si sólo nos referimos a España, bástenos recordar la emigración de intelectuales hebreos en el siglo XV, de jesuitas en el XVIII, de afrancesados y liberales en el XIX, de antifranquistas y republicanos en el XX. Como nombres individuales, Pero López de Ayala, Alvaro de Luna, Garcilaso de la Vega, Luis Vives, Quevedo, Villamediana, Leandro Fernández de Moratín, Francisco Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, Espronceda, etcétera. Más cerca de nosotros, destacan: Unamuno, Antonio Machado, Miguel Hernández, León Felipe, Emilio Prados, Luis Cernuda... con nuestro Rafael Alberti. Todos son señeros paradigmas del intelectual «disidente» y, sobre todo, de la poesía española «comprometida». Pero ningún poeta se «arriesga» tanto como Rafael Alberti, lanzándose a la aventura pública: es un «poeta en la calle», como él mismo se autodenomina. Su poesía, en consecuencia, ha sido exaltada y denostada, declamada y prohibida. Salvado por su estrella, no alcanzó la muerte «predestinada» de Federico García Lorca. Y, sabiéndolo, Rafael Alberti ha sido siempre infatigable y perseverante en su poesía, tanto en la denuncia como en la canción enamorada y nostálgica. Ha luchado siempre por la demolición de la «España vetusta» y caduca, de la ignorancia, de la injusticia social y del fascismo y del imperialismo extranjero politizada —¿por qué no?—, lejos del egoísta individualismo burgués, y enraizada en la colectividad humana del pueblo, orientada hacia lo social y revolucionario. Sin dejar por ello de cantar líricamente o escribir poemas de alta calidad e incomparable belleza.

Rafael Alberti, desde muy joven, no quiso ser un poeta solipsista ni inmoderadamente solitario: su «yo» tenía que devenir un «nosotros». No sólo había de ser testigo del medio social en que vivía sino que su propio corazón latía con el de todos. La «otredad» —los otros— le conforma tanto como su propia persona individual. Su poesía, así, es una experiencia, además de personal, humanamente colectiva. Sabe o presiente, además, que sólo de la crítica estricta puede partir el camino de perfección.

Y de aquí que, en determinadas circunstancias, esgrima su pluma —en verso y prosa— para denunciar y exponer vicios y males, crueldad e injusticia, abusos y tiranía, llegando en otras a la participación política directa, en el anhelo de que la perfección soñada se convierta en realidad y en *praxis*. Sin embargo, en sus escritos y poemas no «especula» sobre la crisis del siglo XX, sino que parte de la historia e intrahistoria de España, indudablemente dolorosas. Su vida misma —con sus viajes y destierros— es testimonio «histórico» convincente y valiosísimo para comprender la tragedia española.

Nuestro poeta se ha movido siempre inspirado por una alta pasión patriótica y humanitaria en el sentido más elevado. No es extraño que de sus actos y de su poesía se desprenda un señalado valor ético, especialmente por ser fiel a la fraterna solidaridad de todos los pueblos. Una firme línea ideológica —consubstancial a su vida— sostiene y enlaza sus obras sirviendo de nobilísimo ejemplo a la conciencia de sus lectores y oyentes de la masa indiferenciada. El eco de sus canciones percute y repercute en la memoria y en el fondo de las almas.

Como poeta e intelectual verdadero —insistimos—, Rafael Alberti se siente parte vivísima de la conciencia de su patria. Y juzga que una de las cualidades inherentes a su misión es la crítica de cuanto ocurre en su entorno, sin olvidar el ayer y la historia. Esta crítica no es denigración sino serias y hondas reflexiones sobre la vida del país —que incluye también a países extranjeros— y en ellas caben los juicios favorables y los condenatorios. Este deber, en muchas ocasiones, es duro y hasta trágico: el servicio de la verdad en que cree le lleva a sufrir injurias, execración y el severísimo castigo del exilio.

Exilios

En *Marinero en tierra* (1924) hallamos versos que podemos considerar «premonitorios» de amargos exilios posteriores —de índole política— que sólo terminan en 1977 al regresar definitivamente a España. Pero estos versos de su primer libro sólo expresan la queja interior de «un marinerito en tierra» por haber sido alejado, desterrado, de su mar de Cádiz:

El mar. La mar.
El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?

¿Por qué me desenterraste
del mar?

Y tan profunda es su nostalgia, tan intensa su añoranza, que suplica o exige: «Retorcedme sobre el mar». «Le di mi sangre a los mares». Volver al mar es su anhelo incesante.

Primer exilio, pues, del poeta en su edad juvenil que gime por no ver el mar de su infancia. Vuelve a añorarlo en la sierra castellana en donde está confinado por la enfermedad. Y esta «separación forzada» crea la nota honda y doliente que traspasa estos poemas de alegre y joven apariencia: un sentimiento de ausencia y nostalgia que dominará, más tarde, todos sus libros escritos en su «forzoso» destierro de España. Y por este dolor de exiliado de «su» mar, la gracia y el ángel de los versos trascienden seriedad y hondura.

En *La amante* (1925) —su segundo libro, que es un diario de viaje—, sintiéndose aún «marinero en tierra», el poeta evoca «su» mar al atravesar la meseta. Ante los castellanos del Duero que nunca lo han visto, les ofrece el que trae desde Cádiz y que impregna todo su ser: «¡Miradme, que pasa el mar!» Con esta entrega consuela su exilio, buscando otro mar —el Cantábrico— para llevarle el mensaje del Sur.

Termina la guerra civil y Rafael Alberti sale «milagrosamente» de su patria —como él escribe en *La arboleda perdida*— a primeros de marzo de 1939, camino de Orán. Ya en Francia, trabaja como locutor en la Radio París-Mondiale. Sufre soledad y congoja que alivia escribiendo la primera parte de sus memorias, pues quiere dejar constancia de que ha vivido. Ha comenzado el destierro obligado y auténtico. «¿Es que vivo,/ es que he muerto?» —se pregunta dolorosamente en *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia* (1939). En este poema —de encadenadas estrofas polimétricas— sobrevive el recuerdo de España, del Museo del Prado, recuerdos de la guerra... Y acusa a Francia y a Europa por haber traicionado y abandonado al pueblo español. Al final deja de mirar a España y a su Andalucía —con sus álamos y su Guadalquivir—, para mirar a donde no resuena la sangre:

Bajo la Cruz del Sur
cambiará nuestra suerte.
América.
Por caminos de plata hacia ti voy
a darte lo que hoy
un poeta español puede ofrecerte.

Sale, efectivamente, de Francia con rumbo a la Argentina el 10 de febrero de 1940 y es recibido fraternalmente en Buenos Aires. Al instante, Losada publica su antológica *Poesía* (1924-1939). El poeta se retira con María Teresa a El Totoral, en Córdoba. Al año siguiente nace su hija Aitana en Buenos Aires y Losada edita *Entre el clavel y la espada* (1939-1940), escrito en Francia, en el mar y en la Argentina, y que dedica a Pablo Neruda, con quien convivió en los últimos tiempos de París. Alberti, ahora, vive hincado entre dos mundos: uno huele a sangre pisoteada; el otro tiene aroma a jardín, a «amanecer diario, a vida fresca, fuerte, inexpugnable». El título del libro expresa en sí mismo la tensión terrible entre la paz y la guerra, la vida y la muerte: dialéctica de contrarios en dolorosísima lucha. Pero la esperanza y la fe —simbolizadas por el clavel— triunfan sobre las imágenes de pena y de duelo, por encima de frustraciones y derrotas.

La poesía social y política se ha quedado al otro lado del mar, amordazada. En el de aquí, la nostalgia de la patria, la pena de su fracaso, el dolor por los que sufren o mueren. ¿Las ideas? Ahogadas, aplastadas, encarceladas. En el Nuevo Mundo, el poeta vuelve a los metros clásicos y tradicionales, a las formas más españolas de la poesía, como si ellas fueran representación vivísima —o sobreviviente— de la lejana España, de «la arboleda perdida».

El poeta sigue creando y, entre 1942 y 1944, compone *Pleamar* que dedica a su hijita Aitana, su «más bella esperanza». Cultiva el teatro, da conferencias y discursos, va a Chile. En todas partes, nuevos amigos. En 1948 publica la primera edición de *A la pintura.* En 1950 viaja a Varsovia, como delegado al Congreso Mundial de la Paz. En *Signos del día* reúne los poemas políticos que escribe entre 1945 y 1955. Entre aquel año y 1956 compone los *Poemas de Punta del Este:* en ellos hallamos las prosas biográficas de «Diario de un día». Siente una avidez de trabajo intensísimo: «¡Qué remordimiento el minuto perdido!» —exclama. Y así oye el latido del tiempo casi quevedianamente. En su cuartito de La Gallarda, lucha y trabaja para «mejorar» su poesía —dice—, para no repetirse, para «llegar a ser meridiano, pero sin concesiones», para «no perder el compás del pulso de su época». Hay momentos en que se siente solo y pobre. Y en esta soledad que le socava por dentro, le van naciendo los *Retornos de lo vivo lejano* (1948-1956).

Entre 1951 y 1955 vuelve a Varsovia, visita la Unión Soviética, Rumania, Chescoslovaquia, Alemania Oriental... Casi al mismo tiempo que crea sus *Retornos,* canta sus *Coplas de Juan Panadero* (1949-1953), sencillas y certeras como la saeta.

Su *Ora marítima* (1953) es prueba de su fidelidad a Cádiz. «Hijo fiel de su bahía», Alberti enlaza poéticamente paisaje, mito, historia, realidad humana y ensueño.

Entre 1953 y 1954 escribe sus *Baladas y canciones del Paraná,* sintéticas, bellas y profundas, traspasadas de intensa soledad.

En 1957 Alberti realiza su viaje a China, país que le parece «maravilloso». Pasa por la Unión Soviética y Rumania. Sus impresiones viajeras de Europa y Oriente las recoge en *La primavera de los pueblos* (1955-1957).

En 1960, más viajes —recitales, conferencias— por tierras hispanoamericanas. Pero vive siempre «muriendo por España».

El 28 de mayo de 1963 los Alberti dejan definitivamente la Argentina, cambiándola por Italia. Se radican en Roma. En 1964 el poeta comienza a escribir *Roma, peligro para caminantes* y que termina en 1967.

El 24 de mayo de 1965 recibe el Premio Lenin Internacional de la Paz, personalmente, en Moscú. En el acto de entrega, nuestro poeta pronunció un discurso del cual extraemos unas palabras que nos parecen esencialmente significativas:

> Los poetas sabemos desde hace muchos siglos que hemos de decir en nuestros versos cosas que lleguen al corazón humano. Desde Dante, Petrarca, Shelley, Byron, Michievich, Víctor Hugo, Whitman, Pushkin, Petöfi, Maiakovsky y tantos más, hasta el poeta vietnamita que hoy se duele junto a su arroz amargo, todos han estado al lado

de sus pueblos, junto a la libertad. Porque los poetas hemos de ser, como quería Antonio Machado, poetas del tiempo. Ese es nuestro compromiso: ser, estar, existir, dar universalidad a un momento, volver ecuménico lo intensamente sentido y válido, aceptar lo humano, rehacerlo, no retroceder, equivocarse y seguir, hacer unas veces arma del verso y otras flores, puesto que nos ha tocado vivir entre el clavel y la espada.

Y tras afirmar que su vida ha estado comprometida con la historia del pueblo español, Alberti terminó con unos versos en favor de la paz mundial.

No cesa la creación poética albertiana y nacen *Los ocho nombres de Picasso* (1966-1970), *Las canciones del alto valle del Aniene* (1967-1971), *Visitas a Picasso* (1968-1972), *Otros versos* (de los mismos años), *El desvelo (Diario de la noche)* (1970-1971), *Nuevas coplas de Juan Panadero* (1976-1979), terminadas en España junto con *Fustigada luz* (1972-1978). He aquí toda la obra poética albertiana escrita durante su destierro.

En 1977, Rafael Alberti testifica: «Nuestro exilio ha terminado. El 27 de abril María Teresa y yo regresamos a España».

Poesía de exilio

Su complejidad lírica es muy amplia, pero destacan señeramente algunos temas que se repiten con insistencia, reforzando la unidad dentro de la variedad. La nostalgia de España es —necesaria y fatalmente— el eje fundamental de una temática tan vasta y plena de matices.

1. Nostalgia de España

En estos lustros de expatriación —tan ricos de creatividad—, toda su poesía de exilio está impregnada y teñida por el dolor de la lejanía. Porque el destierro —tanto para Alberti como para todos los que lo sufren—, más que ausencia es amputación física, moral y sentimental: vivir en él es desvivirse, es desnacer, es premorir. Con las raíces cortadas, la existencia es casi imposible. ¿El sueño? «Tan sólo pólvora» o, unido al insomnio, está siempre nutrido de nostalgia de España, entrevista en *Entre el clavel y la espada* —en una elegía sobre un mapa perdido— en imagen de toro:

> Cuando volvía,
> como una sombra, vi un toro,
> llorando.

Y llorando ante los algarrobos, con su vida rota y ante la nueva andadura argentina, se lamenta:

> Pobre toro lejano,
> te oigo bramar.

En el intento de superar su angustia, Alberti sueña con el imposible regreso. La España del futuro, la que él ansía, nuevamente asume la imagen del toro libre:

> Cornearás aún más y más que nunca,
> desdoblando los campos de tu frente,
> y salpicando valles y laderas
> te elevarás de nuevo toro verde.
> ...
> Te cantarán debajo tus dos mares,
> y para ti los trigos serán puentes
> por donde saltes, nuevo toro libre,
> dueño de ti y de todo para siempre.

Según propia confesión del poeta, en *Baladas y canciones del Paraná*, entrelazadas a sus nuevas raíces americanas, la presencia de sus «largas angustias españolas está más viva y clara que en ningún otro» libro:

> Hoy las nubes me trajeron,
> volando el mapa de España.
> ¡Qué pequeño sobre el río,
> y qué grande sobre el pasto
> la sombra que proyectaba!

En «Retorno frente a los litorales españoles», Alberti —frente a ellos— afirma su constante amor por España con apasionado énfasis:

> No quiero separarte de mis ojos,
> de mi corazón, madre, ni un momento
> mientras te asomas, lejos, a mirarme.
> Te doy vela segura, te custodio
> sobre las olas lentas de este barco,
> de este balcón que pasa y que me lleva
> tan distante otra vez de tu amor, madre mía.

Amor mutuo que sueña intercambiable y recíproco, al entrever las costas españolas.

2. *El mar*

El mar es, sin duda, el constante vínculo con la patria, además de hilo coherente que enlaza y unifica casi todos sus poemas del exilio (según hemos tratado de demostrar en un ensayo sobre este tema en una publicación anterior). Hoy sólo deseamos recordar aquí que, en *Pleamar*, es sujeto definitivo. Por serlo, Alberti ofrece su hija Aitana a sus viejos mares maternales —a sus mares de desgracia, a su mar de «catástrofes»—, en patéticos versos:

> Encántamela tú, madre mar gaditana.
> Es la recién nacida alegre de los ríos
> americanos, es la hija del desastre.

Niña que un alud ha empujado «a numerosos kilómetros de agua». Y suplica a sus mares que den belleza a su niña, que se la calienten, que le abran la paz de las aldeas españolas, que le muestren sus raíces natales; que sepa, por ellas, que es hija de la mar, «meta azul de las olas».

«Arión» es el diálogo del poeta con el mar: sus reflexiones tristes y nostálgicas ante éste. El mar de Cádiz se ha confundido con el mar de América, con los mares de España. Y el mar, también, se ha identificado con la Poesía: es el mar de la tradición española. A éste pide el ritmo y, en consecuencia, el verso. Canta con el «maestro mar», al meterse por los «largos canales de sus huesos», olas suyas que son «olas maestras», los grandes poetas de la tradición vernácula: Gil Vicente, Antonio Machado, Garcilaso, Juan Ramón, Rubén Darío, Pedro Espinosa, Góngora «y las fuentes/ que dan voz a las plazas de mi pueblo». Alberti reconoce que su poesía pertenece a una tradición culta y a una tradición vernacular, a las que suma la voz alucinada de Charles Baudelaire.

Mas por el mar, también, constantemente renace, constantemente es niño. Y recuerda su mar de Cádiz que no le predijo el llanto de su vida ni el llanto del destierro:

> No me dijiste, mar, mar gaditana,
> mar del colegio, mar de los tejados,
> que en otras playas tuyas tan distantes,
> iba a llorar, vedada mar, por ti...

El mar se le introduce, desde niño —«chica mar»—, en su frente, y allí fue creciendo en oleaje hasta hacerse mujer y hombre al mismo tiempo. Y mirando a su pasado, imagina su simbiosis con el mar:

> ¡Qué feliz era, mar! ¡Llegué a creerme
> hasta que yo era tú y que me llamaban
> ya todos con tu nombre!
>
> Gritaban: ¡Rafael!
> Y hasta podía
> sostener en mis espaldas los navíos.

Patéticamente, por último, en una estrofa de signo y sintaxis condicional, Alberti transfiere al mar su propia tragedia humana. Es una estrofa que no acaba —se pierde en suspensivos—, pues aún sigue bregando la vida del poeta:

> Si a ti, mar, te arrancaran de tu sitio,
> descuajaran a hachazos de tu pueblo;
> si ya como lenguaje te quedara
> tu propia resonancia repetida;
> si ya no fueras, mar, mar para nadie,
> mar ni para ti mismo,
> perdido mar hasta la muerte...

El poeta se enfrenta con su agonía de desterrado, con su pasado muerto, con su porvenir de hielo. Y tiene la certeza de que su vida está terminada, quevedianamente «difuntos ya el huir y la carrera».

El mar abre, recorre y cierra la obra del poeta gaditano en exilio —«marinero en tierra» siempre—, en múltiple metaforismo de existencia y vocación, pasando por todos los matices que van desde la gracia nostálgica popular hasta la gravedad profunda, hasta el dolor y el llanto. Mar, fuente de vida y, también, su finalidad: «volver al mar» es «volver a la madre», es morir. Mar de vida y mar de muerte: centro constante de la creación poética albertiana en su dilatado exilio.

3. *Cádiz y el Puerto de Santa María*

Ambos topónimos son consubstanciales a la vida y a la obra poética de Rafael Alberti. En su exilio, recordarlos es dolor y consuelo para él. En la segunda parte de *La arboleda perdida,* el poeta recuerda con exactitud que por primera vez marchó del Puerto de Santa María —cuna suya— «una mañana del mes de marzo de 1917». Libremente pudo regresar a él en el verano de 1977. Cuando fue nombrado Doctor *honoris causa* por esta Universidad de Cádiz, en 1985, Alberti confesó su júbilo y total convencimiento: «...a los sesenta y siete años de salido de El Puerto, de esta fabulosa, mitológica bahía, de la que me llevé la luz, su gracia y su sal imperecederas. ¡Ah, qué maravilla! ¡Qué alegre día para mí este de hoy, así vestido, mi nuevo y lujoso traje de marinero en tierra, después de haber rodado —y no por culpa mía— durante tanto tiempo por el mundo!» (V, pp. 225-226).

Mucho antes, en su *Ora marítima* (1953), el poeta había cantado a Cádiz desde la orilla americana del Atlántico, uniendo la ciudad al sueño de su infancia. Era —es— «bahía de los mitos», fundación fenicia, «la ciudad más antigua de Occidente»...

Canas de antigüedad, tus estelares fábulas,
tus solares historias,
¡oh gaditano mar de los perdidos
Atlantes, vesperales jardines de la espuma,
islas desvanecidas del ocaso!,
ya oscuro en tus orillas, me acunaban, cantándome.

Por sus playas, cuando niño, iba a su mar a robarle caracoles y algas. Ha cantado a Cádiz casi todos los días, «llamando siempre Cádiz a todo lo dichoso,/ lo luminoso que le aconteciera» en su destierro. Hay, en esta *Ora marítima,* un poema que nos conmueve especialmente, no tanto por sus alusiones míticas e históricas como por sus connotaciones humanas; nos referimos a la «Canción de los pescadores pobres de Cádiz», que se nos autorrepresentan en la primera estrofa:

Hijos de la mar de Cádiz,
nuestras casas son las olas.
Somos los pobres del mar,
de ayer y ahora.

4. *La soledad*

A pesar de estar acompañado por María Teresa, por su hija Aitana, por buenos y generosos amigos, Alberti se siente asediado por la soledad: le asalta en sus insomnios, en los momentos en que no trabaja, en instantes de depresión... La soporta con angustia, con remordimiento y, también, con estoicismo. En ocasiones, se lamenta de su prolongado destierro. En «Diario de un día» *(Poemas de Punta del Este)* se pregunta: «¿Soy hombre —poeta— de soledad, de soledades, como para vivir lejos del mundo de los hombres? Antes pensaba que lo era. Ahora, cuando me quedo solo demasiado tiempo, perdido el choque de mi vida con la de los demás, siento que en mí se paraliza algo, remordiéndome. Y entonces vuelvo a mis soledades con más ímpetu, más renovadas ansias de contacto». Alberti busca la hermandad de los otros y sólo encuentra soledades: la soledad de su exilio espiritual.

En «El bosque y el mar» del mismo libro, el poeta vuelve a quejarse: le asedian —como siempre en su destierro— la soledad, el olvido, la pérdida de lo amado. Diríamos que este poema —titulado «¡Qué solo estoy!»—, patética súplica, es el clímax más hondo del exilio que está sufriendo:

¡Qué solo estoy a veces, oh qué solo
y hasta qué pobre y triste y olvidado!
Me gustaría así pedir limosna
por mis playas natales y mis campos.
Dad al que vuelve, ¡por amor!, un trozo
de luz tranquila, un cielo sosegado.
¡Por caridad! Ya no me conocéis...
No es mucho lo que pido... Dadme algo.

Rafael Alberti mendiga patria, mendiga luz, en su pobreza de exiliado sin retorno, desde Punta del Este en Uruguay. ¡Triste poeta que demanda una limosna de amor y de recuerdo!

En la «Balada del andaluz perdido» (de las *Baladas y canciones del Paraná),* extraviado en una orilla extranjera, el poeta alude a su soledad, en fingido diálogo con el río que, en verdad, es una autodiálogo consigo mismo, desdoblado en las dos mitades de su vida, en España y en América:

Perdido está el andaluz
del otro lado del río.

—Río, tú que lo conoces:
¿quién es y por qué se vino?

Vería los olivares
cerca tal vez de otro río.

—Río, tú que lo conoces:
¿qué hace siempre junto al río?

Vería el odio, la guerra,
cerca tal vez de otro río.

Río, tú que lo conoces:
¿qué hace solo junto al río?

Veo su rancho de adobe
del otro lado del río.

Sólo caballos, caballos,
caballos solos, perdidos.

¡Soledad de un andaluz
del otro lado del río!

¿Qué hará solo ese andaluz
del otro lado del río?

En la canción 17 busca remedio a la soledad a través del olvido que no consigue nunca: olvido de los que ha visto y que no puede dejar de recordar.

A la soledad me vine
por ver si encontraba el río
del olvido.
Y en la soledad no había
más que soledad sin río.

Cuando se ha visto la sangre,
en la soledad no hay río
del olvido.
Lo hubiera, y nunca sería
el del olvido.

Incurable nostalgia, adscrita a la soledad, hincada en ella. Añoranza de un retorno que se sueña posible —o imposible— desde las «solitarias barrancas del Paraná».

5. *Reviviscencias*

Rafael Alberti, para paliar o sanar su cruel soledad, querría —como hemos visto— refugiarse en el olvido, pero éste es un inalcanzable territorio en el ámbito de la memoria y en la hondura del sentimiento. El único remedio que le queda es «revivir» el pasado para seguir viviendo en el presente. Sólo la «reviviscencia» sacará de las sombras y de la lejanía los fantasmas del pasado. Machadianamente, sólo el recuerdo —real o ensoñado— salva lo vivido de la muerte y de la nada. Si al poeta no le es dable regresar «físicamente» a España, sí puede conseguirlo por la evocación onírica o visionaria. Por eso escribe los *Retornos de lo vivo lejano,* libro de evocaciones del pasado y, además, de regreso a los años ya vividos. Muchos muertos que aún siguen existiendo en la memoria del nostálgico exiliado. El poeta les pide compañía en su soledad, aunque esta «reviviscencia» le traiga más melancolía y tristeza que gozo o parva resignación ante la ausencia irremediable.

Los *Retornos* reviven casi toda la existencia de Alberti hasta su destierro en América. Revive su niñez en El Puerto, recuerda a su familia antes de la guerra. La música, a veces, ayuda a evocar tales recuerdos, como —por ejemplo— en «Retornos de Chopin a través de unas manos ya idas», poema dedicado a su madre. Por él conocemos el nombre de todos sus hermanos, a los cuales Rafael se siente unido nuevamente por la pena, por el amor y por el mar.

El único modo de regreso es, para Alberti, la evocación, aunque ésta sólo pueda darse en un futuro soñado, en un día por venir aún:

Retornos de un día de retornos

Algún día quizás, seguramente, alguien
(alguien a quien siquiera pueda ofrecer tal nombre)
se acordará de mí pensándome tan lejos
y dirá lo que yo, si hubiese retornado.

Aquí estás, ya has venido, con más noche en la frente.
Llegas de caminante, de romero a tu patria.
Los lugares que hiciste, las horas que creaste,
pasados todavía de tu luz y tu sombra,
salen a recibirte.

¿Qué tienes?, te pregunta primero la azotea
de la que miraste tantas veces morirse
con la noche las piedras del Escorial, las cumbres
rodadas de otros nombres,
otras nieves y ocultas ramas que te habitaron.

Algo quisieras tú decirte al verte, pero
sabes bien que el arroyo
que corre por tu voz nunca ha de repetirse,
que a tu imagen pasada no altera la presente.

Entra, sé el visitante de tus propias alcobas,
el viajero lejano de tus mismos salones,
el huésped melancólico, errabundo de tu casa.
...

El poema termina con la certeza de que el único consuelo que le resta a este «peregrino en su patria» es perderse invisible por sus vivos retornos. Tal soñada reviviscencia deja en el alma una estela de desconsuelo. Posiblemente, el miedo de no regresar nunca a su país ha creado en el poeta esta ensoñación de un retorno frustrado, aunque alucinante. Por eso dice en otro poema —reconociendo la fugacidad del tiempo— que debería gritar «valientemente» que quisiera morirse.

Pese al consuelo-desconsuelo ofrecido por las evocaciones de su memoria, Alberti sigue sufriendo la soledad que le impone el exilio. La reviviscencia fracasa muchas veces. Los «Retornos del amor», sin embargo, parece que rescatan la alegría de su juventud:

Sobre mí derramaste tus cabellos
y ascendí al sol y vi que eran la aurora
cubriendo un alto mar de primavera.

Pero el alivio que le proporcionan sus recuerdos eróticos es sólo momentáneo o pasajero: atormentan también al desterrado porque subrayan el desequilibrio entre el pasado y su vida actual. Confiesa:

Yo no puedo dormir. ¡Cuántas auroras,
oscuras, braceando en las tinieblas,
sin encontrarte, amor! ¡Cuántos amargos
golpes de sal, sin ti, contra mi boca!
¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Dime, amor mío.
¿Me escuchas? ¿No me sientes
llegar con una lágrima llamándote,
por encima del mar, en esta noche?

El amor iba a ser lo que no fue. Iba a ser dichoso, ardiente en la paz, pero llegó la guerra y la dicha paradisíaca no pudo lograrse. Mas todavía se salva —soñada— en el recuerdo reminiscente. Y he aquí unos versos hermosísimos en que el amor sobrevive en los dos planos temporales del pasado y del presente:

Retornos del amor en los vividos paisajes

Creemos, amor mío, que aquellos paisajes
se quedaron dormidos o muertos con nosotros
en la edad, en el día en que los habitamos;
...
Pero basta el más leve palpitar de una hoja,
una estrella borrada que respira de pronto
para vernos los mismos alegres que llenamos
los lugares que juntos nos tuvieron.
Y así despiertas hoy, mi amor, a mi costado,
entre los groselleros y las fresas ocultas
al amparo del firme corazón de los bosques.

La memoria reconstruye en el aquí y el hoy la dicha que, sin el recuerdo, se hubiera perdido y muerto. La nostalgia erótica suaviza la angustia del desterrado. Muchos son los poemas de índole amorosa que contienen los *Retornos:* «Retorno del amor tal como era», «Retorno del amor ante las antiguas deidades», «Retornos del amor en los antiguos callejones», «Retornos del amor en sombra», etcétera.

Antes —al escribir *Entre el clavel y la espada*—, el amor había cantado en el «Diálogo entre Venus y Príapo»: «¡Amor! La noche se desvae./ Nos baña el mar. ¡Oh, luz! El mundo canta».

6. *Los poetas y la poesía*

Rafael Alberti incluye en sus nostalgias de exiliado a poetas dilectos. Algunos fueron amigos suyos. Compartió ideales con otros, y a éstos les escribe su «Carta abierta a los poetas, pintores, escritores... de la España Peregrina» (en *Signos del día),* pensando que la voz del poeta —con «su pluma delatora»— es rauda «lo mismo que una

ametralladora»; que «un verso es un disparo»... Al final, invita a los poetas a trabajar sin descanso, esperando el día de la libertad hispana:

¡oh errantes de la patria, oh del alba cercanos,
la conciencia sin sombra, trabajemos, hermanos!

«De los álamos y de los sauces» —parte quinta de *Entre el clavel y la espada*— fue compuesta «en recuerdo de Antonio Machado». Escribe estos poemas en El Totoral, en la Córdoba argentina, pero hay en ellos recuerdos de álamos machadianos, evocaciones españolas teñidas de pena y duelo :

Veo en los álamos, veo,
temblando, sombras de duelo.

Una a una, hojas de sangre.
Ya no podréis ampararme.

Negros álamos transidos.
¡Qué oscuro caer de amigos!

Vidas que van y no vienen.
¡Ay, álamos de la muerte!

La tercera parte de *Pleamar* está integrada por la «Égloga fúnebre a Miguel Hernández». En ella hablan cuatro voces: la de Antonio Machado, la de García Lorca, la del joven poeta oriolano y la de un toro (que es España). En sordina, también se oye la de Alberti. La vida y la poesía de aquellos poetas quedan claramente aludidas en estos versos, a la par eglógicos y elegíacos. Al fin, sentimos la lenta agonía en impresionantes versos, desnudos y sencillos:

Toro de locura y aire.
¿Es que no tengo ya mi sangre?

Toro de martirio y sueño.
¿Es que no tengo ya mi cuerpo?

Toro de silencio y alma.
¿Es que no tengo ya esperanza?

Toro de muerte y abandono.
¿Es que no tengo ya mi toro?

En la tercera parte de los *Retornos,* hay dedicado uno de ellos a Federico García Lorca, «un poeta asesinado», a quien ruega que retorne por el sueño para contestar a sus preguntas acuciantes. Incluye también los «Retornos de la invariable poesía»:

¡Oh poesía hermosa, fuerte y dulce,
mi solo mar al fin, que siempre vuelve!

Sólo ella no puede abandonarle, pues es lo que le queda, lo que tuvo desde que abrió los ojos a la luz, sin comprenderlo:

Fiel en la dicha, fiel en la desgracia,
de tu mano en la paz,
y en el estruendo triste
de la sangre y la guerra, de tu mano.

Es su hermana de verdad, su compañera, con él desterrada, golpeada, alabada y perseguida:

en la vacilación, firme, segura,
en la firmeza, animadora, alegre,
buena en el odio necesario, buena
y hasta feliz en la melancolía!
...
Porque por ti yo he sido, yo soy música,
ritmo veloz, cadencia lenta, brisa
de los juncos, vocablo de la mar, estribillo
de las simples cigarras populares.
Porque por ti soy tú y seré por ti sólo
lo que fuiste y serás para siempre en el tiempo.

Los *Retornos* concluyen con uno dedicado a Vicente Aleixandre:

tú me llegas,
nuevo otra vez, reverdecido y joven,
como si tantos años sucedidos
hubieran sido únicamente un día,
sólo un día sin sombras.

A Rafael Alberti le interesan y le preocupan los jóvenes poetas andaluces que viven en España, primordialmente porque son «sus hijos figurados, herederos de la poética de su generación». Escribe para ellos su «Balada para los poetas andaluces de hoy»:

¿Qué cantan los poetas andaluces ahora?
¿Qué miran los poetas andaluces ahora?
¿Qué sienten los poetas andaluces ahora?

Cantan con voz de hombre, ¿pero dónde los hombres?
Con ojos de hombres miran, ¿pero dónde los hombres?
Con pecho de hombre sienten, ¿pero dónde los hombres?

Cantan, y cuando cantan parece que están solos.
Miran, y cuando miran parece que están solos.
Sienten, y cuando sienten parece que están solos.

¿Es que ya Andalucía se ha quedado sin nadie?
¿Es que acaso en los montes andaluces no hay nadie?
¿Que en los mares y campos andaluces no hay nadie?

Al final, les dice que canten alto, que les oirán otros oídos; que miren alto:

Veréis que miran otros ojos.
Latid alto. Sabréis que palpita otra sangre.

No es más hondo el poeta que su oscuro subsuelo
encerrado. Su canto asciende a más profundo
cuando, abierto en el aire, ya es de todos los hombres.

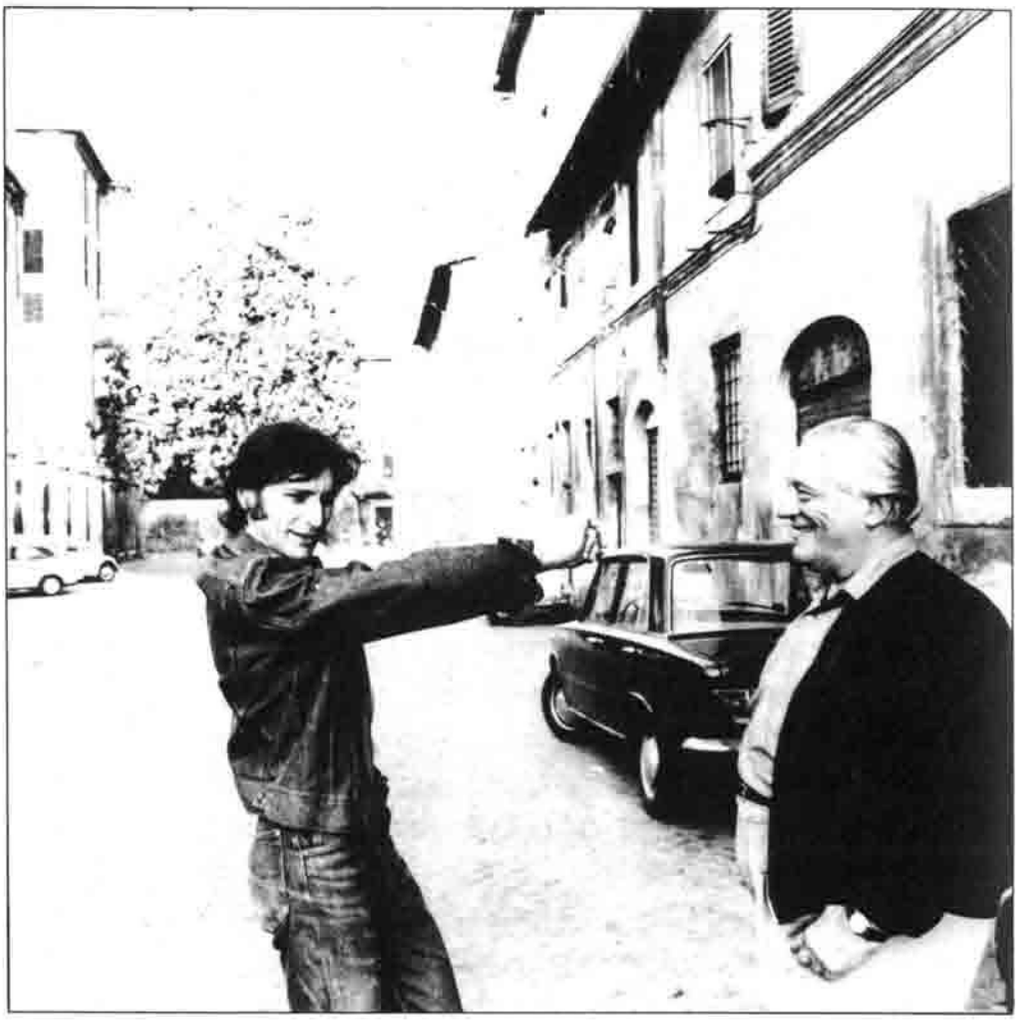
Es el maestro que —desde la distancia— habla a los que empiezan y buscan voz y camino, libertad y esperanza, en el páramo de España. Les anima a escribir y cantar para los demás, enseñándoles su lección de la «otredad».

Final

Rafael Alberti —en su largo exilio— escribe una poesía en la que dominan la tristeza y la nostalgia, unidas a la melancolía y al dolor de la añoranza. Pero siempre se manifiesta vivaz y jugosa, con relámpagos de alegría corporal y anímica ante la presencia de América y la solidaridad de hombres y pueblos. Poesía no exenta de chispazos airados al evocar la trágica historia de España y las injusticias sociales, el odio de la represión política. Pero la ira —pocas veces— la mancha con imágenes coléricas y vocablos cacosemánticos. Poesía exigente, íntegra y total, renovándose siempre. Poesía épica y lírica, con profundos tonos elegíacos y, algunas veces, seriamente cantable.

Esperanza y desesperanza coexisten en poemas y libros. El poeta descubre —desde su poesía— al pintor que fue y exalta a los genios de la Pintura. Los *Retornos,* con sus reviviscencias del pasado, son un parcial consuelo y asilo para su corazón exiliado de hombre y de poeta que, día a día, deseó y soñó el regreso a su patria española, a su tierra andaluza y a su mar gaditana, después de rodar por el mundo con su mensaje poético y su amor solidario para todos los pueblos. Fructífero exilio el de Rafael Alberti para la gran poesía de España, por haberla afirmado universalmente con su fuerza creadora, su humanidad profunda y su altísima belleza.

Concha Zardoya



Antonio Gades baila para Alberti en una calle de Roma

María Teresa y Rafael con Luis Miguel Dominguín, Lucía Bosé, Aitana Alberti y Antonio D. Olano